



Reseña / POR AGUSTINA RAYES*

Francisco Cantamutto, Martín Schorr y Andrés Wainer

Con exportar más no alcanza (aunque neoliberales y neodesarrollistas insistan con eso)

208 pp. Buenos Aires: Siglo XXI, 2024

CON EXPORTAR MÁS NO ALCANZA

(aunque neoliberales y neodesarrollistas
insistan con eso)

francisco j. cantamutto
martín schorr
andrés wainer



 siglo veintiuno
ediciones

* Instituto de Investigaciones Políticas de la Universidad Nacional de San Martín para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (UNSAM/CONICET).

A nadie escapa la relevancia que las exportaciones tienen para el crecimiento de la economía de cualquier país del mundo, por varias razones. La posibilidad de generar eslabonamientos productivos hacia atrás o hacia adelante o la potencial participación en cadenas regionales o globales de valor son algunos de los argumentos que destacan, tanto en los ámbitos públicos como privados, para impulsar el sector con la expectativa de que redunde en beneficios. Sin embargo, esa centralidad cobra otro sentido cuando, además, se espera que sea la fuente de divisas no solo para financiar los bienes que no se producen localmente (o lo hacen a costos elevados), sino también para afrontar los servicios de la deuda externa, como en el caso argentino.

Escrito por una tríada de autores –Francisco Cantamutto, Martín Schorr y Andrés Wainer–, que ya han publicado en conjunto previamente, el libro se compone de tres capítulos. Si el primero hace un recorrido por la historia y la experiencia presente de la restricción externa en la Argentina, el segundo ilustra el fenómeno en el siglo XXI a partir de la trayectoria de los distintos gobiernos. El último capítulo se enfoca en las diferentes posturas que neoliberales y neodesarrollistas han tenido acerca de lo que los autores llaman el “mandato exportador”. En esta reseña comentaré solo algunas de las muchas

ideas que vertebran el texto y que disparan reflexiones que, asumo, están lejos de agotarse.

La obra, que trasciende el ámbito académico para atender un debate público cuya vigencia hunde raíces en el pasado, aunque parece revalidarse con el transcurso del tiempo, aborda varios tópicos que son de interés interdisciplinario. Economía, historia, relaciones internacionales y sociología son las principales disciplinas que están detrás del análisis. Vista desde la primera, la restricción externa ha sido un problema alumbrado desde el último cuarto, y más todavía desde los años finales, del siglo XX. Algunos de los pioneros en su estudio fueron Anthony Thirlwall y Paul Krugman, quienes aludieron a los movimientos de capitales como parte fundamental del sistema económico internacional. No obstante, Cantamutto, Schorr y Wainer insisten en que el asunto se ha analizado técnicamente sin desentrañar la lucha entre clases ni la competencia entre Estados. Para considerar estas cuestiones, entonces, no basta con una aproximación que se enfoque solo en los mercados, sino que lea más allá de sus actores, ideas, instituciones y mecanismos, y que se ancle en las intersecciones con el Estado. Al mismo tiempo, se requiere de una explicación que aborde tanto los factores internos como externos. Así, la riqueza de la obra radica en al menos tres ele-

mentos que quisiera destacar, a saber: la consideración del contexto internacional no como un mero telón de fondo, sino como un ambiente condicionante, una perspectiva histórica y la observación del accionar de las fracciones de poder económico en relación con la política.

Sobre lo primero, el texto se inicia rebatiendo los argumentos de los enfoques ortodoxos sobre el funcionamiento del mercado internacional. En este sentido, los autores plantean el equívoco de suponer que funciona como una sumatoria de mercados nacionales, los que, a su vez, pueden clasificarse según sus ingresos como si no hubiera un recorrido que los condiciona y que, por lo tanto, la promesa de equipararse con los que están en la cúspide difícilmente se cumpla. Para comprender cabalmente el fenómeno de la restricción externa, debe reconocerse que existe una jerarquía entre países y que desarrollo y subdesarrollo son procesos asociados.

En el libro se critica la idea de que la restricción externa responde solo a procesos nacionales, pues soslaya los cambios que tuvieron lugar en la estructura económica mundial que se financiarizó crecientemente desde hace medio siglo. Esto se conecta con el segundo aporte de la obra, que procura esquivar el ahistoricismo que ha campeado en diversas corrientes del pen-

samiento económico. Los autores argumentan que el antiguo problema de la restricción externa se agravó en la Argentina con la transformación en el modo de acumulación a nivel mundial. La apertura de la cuenta de capital en las economías latinoamericanas y el masivo ingreso de bancos extranjeros aumentaron la dependencia del dólar estadounidense, tanto de los gobiernos como de las empresas privadas de la periferia, por el formidable endeudamiento externo. A ello hay que sumar la incapacidad del peso argentino de fungir como reserva de valor.

Neoliberales y neodesarrollistas – etiquetas que en el libro aluden principalmente a quienes han formado parte de los gobiernos que se sucedieron en los últimos dos decenios– han coincidido en una respuesta para mitigar la restricción externa recargada y renovada: exportar más. Si los primeros han abrazado esta máxima con naturalidad por su creencia en las ventajas de participar en los mercados internacionales de acuerdo con la dotación de factores, los segundos la han aceptado con resignación, a sabiendas de que la salida no soluciona los problemas de fondo de una economía dependiente.

Los autores encaran sus argumentos con historicidad cuando sostienen que los neoliberales y los neodesarrollistas ignoran que la restricción externa mutó.

A diferencia del esquema clásico, en el que el agro era un sector superavitario, su alto grado de modernización tecnológica provoca que hoy requiera de importaciones de maquinarias, insumos, semillas genéticamente modificadas y fertilizantes. Además, ya no se trata de una industria comercialmente deficitaria, sino que el déficit radica en rentas y servicios relacionados con las operatorias de actores internacionalizados y financiarizados que remiten valores al exterior por distintas vías y a título de servicios de deuda, atesoramiento, utilidades, etc. En este sentido, la clave no pasa por generar divisas sino por retenerlas. Así, exportar más no es igual a mejoras salariales o empleos de calidad; tampoco implica terminar (ni siquiera diluir) los desequilibrios socioeconómicos, productivos y territoriales del país.

El énfasis de la diferenciación en el contexto histórico está puesto, como es esperable, en el lazo entre la restricción externa y el proceso de *stop and go* propio de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, existe en la actualidad cierta tentación en la opinión pública, e incluso en círculos informados, en comparar (y muchas veces equiparar) el comportamiento de las exportaciones con el de la economía agroexportadora de inicios del siglo XX. Una mirada que recoja los matices que algunas contribuciones de la historiografía latinoamericana

y argentina han formulado sobre el último período, al revés de diluir los hallazgos del libro, los potenciaría. En este sentido, tal vez valga la pena plantear, entre otras cosas, que la estructura productiva era más simple, que el contexto internacional de la llamada primera globalización –caracterizada por un multilateralismo sin instituciones formales, una demanda explosiva de materias primas y alimentos, alta movilidad de fuerza de trabajo y de capital de largo plazo, etc.– no se reeditó, que el valor de retorno del sector exportador fue relativamente alto (es decir, hubo mayor retención de divisas), que la forma de producción del *core* fue diferente y que la Argentina fue uno de los principales destinos que captó inversiones que no solo modernizaron la estructura productiva, sino que facilitó la diversificación sectorial sobre la que se asentó parcialmente el sector industrial que se transformó, más tarde, en una rueda maestra del crecimiento económico.

Finalmente, la obra propone que los enfoques, incluso los que se han comprometido discursivamente con el desarrollo, acaban no solo soslayando el impacto ambiental que conlleva una mayor explotación de los recursos naturales –cuyos casos paradigmáticos son, entre otros, el litio o los hidrocarburos–, sino también que las ventas al exterior están concentradas en pocos sectores y en pocas empresas. Las mutaciones en el

sistema económico global han reforzado la capacidad de veto de actores que no necesariamente participan de la toma de decisiones políticas pero que retienen poder económico, como los grandes complejos agroexportadores, las empresas transnacionales o los agentes del capital financiero. De manera que para resolver el problema hay que reconocer la evidente concentración de la cúpula empresarial y su consecuente control de las divisas, cuya contracara es la dificultad en la fiscalización de su salida por parte de autoridades nacionales o, eventualmente, subnacionales.

En síntesis, el libro, que como vimos atiende diversos temas y problemas, es un punto de partida toda vez que los autores no niegan la necesidad de exportar, sino que cuestionan las chances ciertas de retener las ganancias que se obtienen por la actividad. En este sentido, el libro es, además, una oportunidad para dialogar interdisciplinariamente y construir consensos, por un lado, acerca de las posibilidades reales que tiene un país con las características de la Argentina de integrarse a una economía internacional que ha cambiado y, por otro, sobre las alternativas de política pública para hacerlo de la mejor forma.